

¿POR QUÉ ODIAN LA DERECHA ESPAÑOLA A SUS INTELLECTUALES?

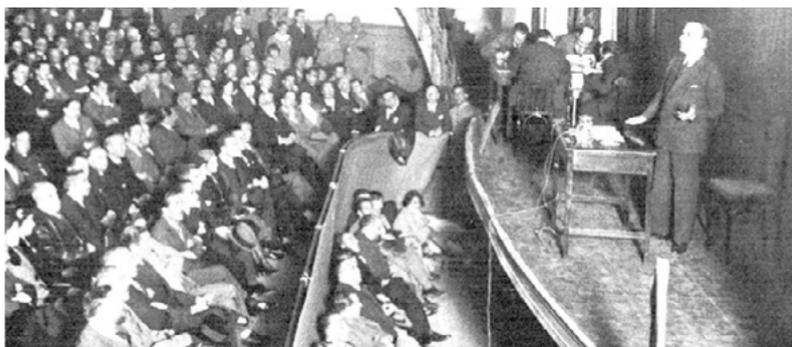
Miguel Ángel Quintana Paz

Es una cuestión desconcertante. Quizá echar un ojo a la historia de nuestro país arroje alguna luz.

Desplacémonos 78 años atrás, por ejemplo, hasta el final de la II Gran Guerra. En aquel momento cabían pocas dudas sobre cuál era el intelectual español vivo con mayor prestigio mundial: su nombre era José Ortega y Gasset. Eso sí, nuestro filósofo residía por aquel entonces en Lisboa, tras todo un periplo de huida de esa España republicana que, cosas de la vida, él mismo había contribuido a fundar.

Una vez acabada la contienda internacional, empero, Ortega vio llegado el momento de tornar. A la España de Franco. De modo que, a través de Pedro Rocamora, director de Propaganda, trasladó al jefe del Estado una sutil pregunta, “¿quién le escribe los discursos?”, que es el modo más tácito que conozco de presentar una solicitud de empleo. También sugirió nuestro pensador a Franco, Rocamora mediante, un curioso pacto: a él se le permitiría criticar dos o tres cosas al régimen, para cosechar credibilidad ante el mundo; y, a cambio, propagaría *urbi et orbi* los logros franquistas más señeros. Recién derrotados nazis y fascistas, antaño aliados del Generalísimo, no parecía desdeñable un poco de maquillaje orteguiano en la imagen internacional del régimen.

La respuesta de Franco, sin embargo, dio al traste con tan meditados proyectos. “Rocamora, Rocamora”, contaba este que le advirtió paternal el Caudillo, “no se fíe usted de los intelectuales”.



José Ortega y Gasset mientras impartía el discurso *Rectificación de la República* el 6 de diciembre de 1931. (Foto: Mundo Gráfico / Hemeroteca Municipal de Madrid).

Lejos de quedarse en anécdota, esta desconfianza del dictador hacia el mundo del intelecto parece uno de sus rasgos proverbiales. “No ha habido régimen más antiintelectual que el de Franco”, advirtió Amando de Miguel en 1980. Y Ernesto Giménez Caballero, en sus tiempos de exultante falangismo, lo habría corroborado: “Nosotros no hacemos ensayos, ¡hacemos dogmas!”, llegó a blasonar.

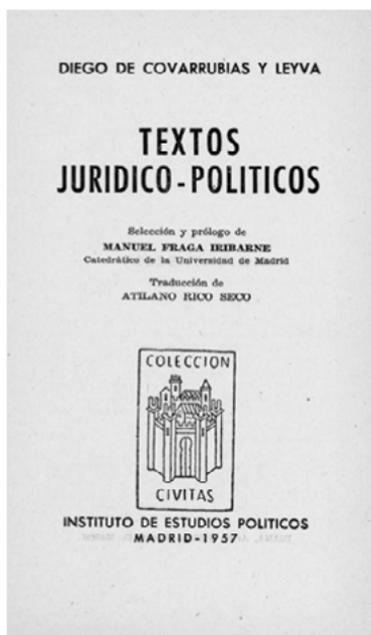
Durante la Guerra Civil ya habían sido dados los sublevados a identificar al enemigo con la alta (y degenerada) cultura. Algo de inercia se recogía de la dictadura primorriverista, que en su día se había comprometido, por boca de su líder, a “meter en cintura” la arrogancia intelectualoide. Más allá de si Unamuno tuvo o no que soportar en 1936 el “¡Muera la inteligencia!” de Millán Astray, no faltan declaraciones similares por todo lo ancho de esa media España. “Aquí no hay dos bandos que puedan parlamentar”, afirmarí, verbigracia, el marqués de Quintanar, pues “de un lado está el Ejército y el pueblo español, de otro una colección de intelectuales traidores y de asesinos profesionales”. No se quedaría a la zaga antiintelectualista el diario *Amanecer*, que en 1937 dictaminaba: “Para los poetas preñados, los filósofos henchidos y los jóvenes maestros y demás parientes, no po-

demos tener más que como en el romance clásico: un fraile que los confiese y un arcabuz que los mate”.

Cabe entender la aversión franquista hacia intelectos que desafiaban su visión del mundo; pero llama la atención que al ponerse a “depurar” bibliotecas se incluyera entre los repudiados a autores (como los filósofos Epicteto, Marco Aurelio o el cristiano Boecio) en los que cuesta atisbar intenciones *rojas*. Otro falangista, y ministro, José Antonio Girón de Velasco, quizá nos diera la clave en 1941, cuando afirmó que la filosofía de su Movimiento era “la filosofía de la acción. Repugna la sutileza ineficaz del intelectual puro, propensa a la heterodoxia y a la contemplación. [...] Para nosotros la frívola complacencia de divertir el espíritu, complicando la doctrina, es negativa y decadente”.

En este marco exhiben cierta peculiaridad figuras como José Antonio Primo de Rivera o Ramiro Ledesma Ramos: ambos realizaron incursiones señeras en el campo de lo intelectual, pese a lo cual no ocultaron su escepticismo ante tal gremio. El segundo, verbigracia, igual te hacía una aportación como *La filosofía, disciplina imperial* (texto que se anticipó casi cuatro decenios a una de las polémicas filosóficas más suculentas de nuestro país, luego protagonizada por Manuel Sacristán y Gustavo Bueno), que te criticaba la democracia por privar de su merecido éxito al hombre de acción y primar al intelectual para sus puestos directivos.

Todas estas expresiones de difidencia no obstan, naturalmente, para que durante las cuatro décadas del franquismo prosperaran sólidos escritores o profesores. Más sólidos, por cierto, de lo que ha querido reconocer aquel mito persistente de que nuestro país quedara reducido todo ese tiempo a un “páramo intelectual”, idea refutada con eficacia justo por un discípulo de Ortega: don Julián Marías. Nuestro objetivo no es aquí negar que en España haya habido más o menos intelectuales. Nuestra tesis es mucho más concreta: que a esos intelectuales se los ha tratado en general con una actitud que va desde la desconfianza (en el mejor de los casos) al desprecio (en el peor de ellos) por nuestros políticos de derecha. Y que tal vez en el franquismo quepa vislumbrar los orígenes de tanto desapego.



Edición de textos jurídico-políticos de Diego de Covarrubias por Manuel Fraga Iribarne, catedrático de Derecho Político y de Teoría del Estado y Derecho Constitucional en la Universidad de Madrid, 1957. (Foto: Fundación Ignacio Larramendi).

Mas por desgracia hoy, casi medio siglo después de morir Franco, parece que, aunque solo sea en esto, sí son buena parte de nuestros políticos no izquierdistas herederos del Caudillo y de aquellas retenciones que expresara a Rocamora.

Empecemos por mirar a nuestro centro más anaranjado, aunque cada vez más exangüe: Ciudadanos. No voy a fijarme aquí en el sonrojo que nos pudo producir Albert Rivera, *ese chico tan preparado*, cuando hace cinco años debatió en la Universidad Carlos III contra Pablo Iglesias y, ante una pregunta del público estudiante, recomendó leer a los futuros juristas “cualquier obra de Kant”, tras confesar que no recordaba el nombre de ninguna. Al fin y al cabo, no estamos sopesando aquí si los

Hay que conceder, en cualquier caso, que una vez finiquitada la dictadura hubo buenos motivos para liquidar de igual modo tales displicencias. No en vano Manuel Fraga, que capitanearía entre 1982 y 1989 el grueso de lo que quedaba a la derecha del PSOE, fue un eximio catedrático universitario. Y aunque las credenciales académicas de José María Aznar, su sucesor, no fueran en modo alguno tan brillantes, lo cierto es que, apenas nombrado presidente de su partido, en 1989, enseguida fundó una institución consagrada a las ideas, la aún existente FAES. El desafecto de la antigua *derechona* franquista por lo intelectual podría pues perfectamente, como tantas otras cosas, haber quedado olvidada gracias a esta nueva actitud del centroderecha español.

políticos de centroderecha son más o menos intelectuales, sino si son capaces de apoyar a los que sí lo sean. Y bien, ¿cuál ha sido la actitud de Ciudadanos ante ellos?

La respuesta a tal interrogante no puede escribirse sino con la D mayúscula de una decepción. Ciudadanos lo tenía todo para haber normalizado por fin las relaciones entre los políticos ubicados a la derecha del PSOE y sus intelectuales. De hecho, Ciudadanos surgió como respuesta al manifiesto que en 2005 habían elaborado justo quince figuras del mundo del intelecto. Varios de ellos se implicaron además en la vida cotidiana del partido: Francesc de Carreras, Teresa Giménez Barbat, Xavier Pericay... Otros, como Arcadi Espada o Félix Ovejero, intentaron mantener una relación fluida. ¿Cuál fue el trato que el partido, y su poco kantiano dirigente, Rivera, les dispensó?

Basta con preguntar a cualquiera de ellos. Giménez Barbat y Pericay han escrito incluso libros al respecto. Tal vez receloso ante cada fulgor que le pudiera hacer sombra, o siquiera una mínima penumbra, Albert Rivera fue consiguiendo que todos ellos se sintieran alejados, cuando no defraudados por el partido. Ese es el primer modo en que Ciudadanos fracasó a la hora de normalizar las relaciones de los políticos no izquierdistas con lo intelectual.

El segundo modo es aún más grave. Consiste en la forma en que este partido ha abordado el debate de las ideas.

Tomemos el ejemplo del feminismo. Ciudadanos sí se dio cuenta de que el feminismo abanderado por la izquierda, en realidad, incluía muchas cosas que no tienen que ver con el feminismo (detectó un caso, pues, de la falacia que Nicholas Shackel designó como “mota castral”). Bien. Ciudadanos asimismo captó que necesitaba plantear un feminismo alternativo, no quedarse solo en la queja perpetua. Bien también. Ciudadanos entonces ideó incluso una buena etiqueta para su modo de ser feministas: “feminismo liberal”. Fenomenal. Y entonces era cuando tocaba dar esqueleto, dar carne y sangre teóricas a esa piel marquetiniana. Y ahí fue donde fracasó el Perú.

¿Conoce el lector algún libro, algún congreso científico, algún informe, alguna recopilación de artículos académicos con que Ciudadanos nos ayudara a comprender qué querían decir cuando hablaban de “feminismo liberal”? No es ignorancia suya, amigo lector, si los desconoce: vieja enseñanza filosófica es que la nada no se puede conocer.

Cuando uno pregunta a un *ciudadaner* qué es lo que entiende por “feminismo liberal”, lo más que consigue es alguna referencia vaga a John Stuart Mill: un señor brillante, bien es cierto. Pero que vivió en el siglo XIX y jamás pudo siquiera imaginar que tendría enfrente a una Beatriz Gimeno, a una *radfem* o a una “agente de Igualdad” obsesionada con que haya más chicas en las carreras de Arquitectura, pero no más chicos en la de Medicina. ¿No habría sido buena idea actualizar a Mill, o sin ir más lejos a nuestra Clara Campoamor, para afrontar el tipo de cosas que están diciendo las feministas antiliberales de hoy en día?



Clara Campoamor. (Foto: Wikimedia Commons).

La respuesta de Ciudadanos a semejantes preocupaciones equivalió siempre al canto lejano de los grillos en una apacible noche estival. Parece que pensaron que con diseñar una marca (“feminismo liberal”) bastaba; dotarla de músculo y nervios intelectuales ni siquiera supieron

muy bien en qué consistía. La antigua formación de los quince intelectuales era ya solo el partido de los eslóganes ocurrentes, de los chicos y chicas recién salidos de una escuela de negocios, de gástate más dinero en la corbata para un debate que en libros que consoliden tus ideas.

Volvamos ahora nuestra mirada al antiguo gran partido del centroderecha, el Popular. No me centraré en su etapa rajoyista; puedo incluso entender que, en la medida en que Aznar se refugió en FAES para hacer oposición interna a su sucesor, este la repudiara como ya Albert Rivera, o Francisco Franco, habían desconfiado de todo posible contrapoder intelectual. Fijémonos solo en los (más próximos) Partidos Populares de Pablo Casado y, después, Alberto Núñez Feijoo.

El primero, a los dos meses de llegar al mando, anunció la erección de una fundación más, Concordia, asignada a Suárez Illana. Por los pasillos y despachos de esa fundación, en el caso de que existan, resonaron durante sus cuatro años de mandato esos mismos grillos veraniegos que ya vimos cantar en cuanto mezclamos en una misma frase “centroderecha” e “intelectual”. Concordia seguramente fue una fundación muy cordial, quizá sobre todo con los bolsillos de alguien; pero su producción intelectual se reduce a cero, nada, *rien, nichts, nothing*. Se repetía la vieja moda de despreciar cuanto oliera a intelectual.

La llegada de Feijoo, en abril de 2022, a los mandos populares no ha supuesto cambio alguno en la cosa. ¿Se ha reactivado en algún momento la antigua FAES? ¿Se están elaborando en el PP ideas nuevas que copen hoy la discusión pública? Sí, ya sabemos que en marzo de 2023 se anunció la creación de una nueva fundación: Reformismo 21. Pero no estoy hablando de anuncios de ideas, sino de ideas reales. Durante el rajoyismo, al menos, surgieron iniciativas como la Red Floridablanca, que movieron desde dentro las estancadas aguas de su propio partido. ¿Hay algo parecido ahora, más allá de apelaciones vagas a la “moderación”? Una amiga del PP, con un cargo no menor, me confesó hace algún tiempo que se dedicaba a contabilizar cuántos asuntos de los que hablan sus amigos de toda la vida habían sido introducidos en el debate público su partido: ni uno solo. El PP va siempre a remolque de los

debates que suscitan otros, y que por tanto convienen a otros. Ese es el castigo para quienes desprecian el valor de las ideas.

Ya en 2023 hemos presenciado la apoteosis de esta actitud. Cuando el Tribunal Constitucional se aprestó a rechazar el recurso presentado *por el mismo PP* en 2010 contra la Ley abortista de Rodríguez Zapatero, Núñez Feijoo manifestó su pleno acuerdo con tal derrota de su partido. ¡Da tan igual ganar o perder cuando no tienes nada sólido que defender! Y su portavoz de campaña, Borja Sémpér, enunció a los pocos días, en amplia entrevista a *El Mundo*, su nueva visión política: sumarse a los liderazgos “que ya existen en la sociedad”. Porque, en cuestiones como el aborto, la situación actual es resultado de “una evolución razonable y lógica”, según el mismo portavoz. Reconozcamos, pues, al menos un atisbo ya de ideas en el actual PP: las ideas del famoso Vicente. Aquel que va donde va la gente.

¿Contamos pues, hoy sí, con un páramo intelectual en las formaciones del centroderecha y alrededores, mucho más desértico que aquel injustamente atribuido al franquismo? ¿Aspiran con esos mimbres a gobernar una de las trece o quince mayores economías del mundo? ¿No notan que en la izquierda sí se preocupan de llenar las universidades, los centros de investigación, los medios de comunicación con ideas, a veces superficiales, sí, pero a veces bien trabajadas, para que cada vez más gente en puestos relevantes, más jóvenes que se vuelven adultos, piensen en clave izquierdista?

Termino: he dejado fuera de este artículo sopesar la atención que presta a los aportes intelectuales el otro gran partido de no izquierda nacional, Vox. Este año están cumpliendo sus cuatro primeros años en las instituciones (menos de la cuarta parte de un Ciudadanos, que ya en 2006 arribaba al Parlamento de Cataluña; la onceava parte de lo que llevan los populares representando a los españoles). Con todo, pese a su juventud como partido, basta observar la labor que desempeña la Fundación Disenso para comprobar la inusitada atención que desde esa parte del escenario político se está prestando ya a los grandes debates de ideas de nuestro tiempo. Parece un espacio donde

sí se ha captado, como afirmaría Richard Weaver, que “las ideas tienen consecuencias”.

¿Habremos, así, terminado por fin con la indolencia intelectual de la no izquierda en España? Veremos. Cuando alguien (pongamos que se llama Rocamora) me viene contando que esta vez ya sí es la buena, que ahora por fin la derecha política española va a prestar atención a lo intelectual, recuerdo aquello de Franco y respondo, también yo un tanto condescendiente: “Rocamora, Rocamora, no se fie usted de los políticos”.